

macht deutlich, dass das Wissen um die Umwelt auch jenen Penan der nächsten Generation, die nicht mehr jagen werden, dienlich sein wird.

Das Werk beinhaltet eine enorme Fülle an empirischen Daten zur Ethnographie der Jagd sowie zu Flora und Fauna, einschließlich der Kategorisierung und der Terminologie in Penan, Kenyah und Englisch. Allerdings geht in der Datenmenge und auch in häufigen Wiederholungen von Zielsetzungen und Teilergebnissen teilweise die Kontinuität der Konzeptionslinien verloren. Das schmälert nicht den Erkenntnisgewinn, den das Buch zur Ethnographie der Wildbeutergesellschaften Borneos ebenso wie zur Wildbeutereforschung generell, zum Wissen einer Wildbeutergemeinschaft über Flora und Fauna im Regenwald Borneos und zur Umsetzung dieses Wissens in der Jagdstrategie vermittelt.

Stefan Seitz

Rothstein, Frances Abrahamer: *Globalization in Rural Mexico. Three Decades of Change.* Austin: University of Texas Press, 2007. 193 pp. ISBN 978-0-292-71632-2. Price: £ 10.99

La globalización es uno de los conceptos más controvertidos en la discusión internacional desde la década del 90 del siglo pasado. Como concepto “de moda” en la discusión política y también en las ciencias sociales, ha opacado a conceptos más antiguos, como “clase” y “dependencia”, y tan sólo en los últimos años ha encontrado competencia en el concepto de “cambio climático”.

Frances Abrahamer Rothstein, profesora de antropología de Towson University, Maryland, EEUU, presenta un trabajo que discute la globalización y sus efectos en un contexto local: la comunidad San Cosme, en el estado Tlaxcala (México), a pocos kilómetros de la ciudad de Puebla. Sin embargo, y esto es lo que resalta de su trabajo, ella coloca a San Cosme en el contexto regional, nacional e internacional.

Rothstein basa el libro en un trabajo de más de treinta años, habiendo realizado su primer trabajo de campo en San Cosme en 1971. A lo largo de estos años, investigaba los cambios económicos, sociales y culturales que sufrió la población de San Cosme. No obstante, su tema central es el cambio radical que ocurrió a partir de los años 90 en la economía y en las pautas de consumo del pueblo.

En la introducción, la autora discute la percepción del concepto globalización – que abarca flujo de capital, seres humanos, mercancías, imágenes e ideas a una escala sin precedentes en la historia – por diversos autores y subraya la importancia de “movimiento”, “interconectividad” y “flexibilidad” en la globalización.

Generalmente, la globalización es vista desde dos perspectivas opuestas: La perspectiva neoliberal, que en relación a los países en vía de desarrollo tuvo su expresión más marcada en el “consenso de Washington”, término acuñado por John Williamson de 1989 que describe un paquete de reformas específicas que el US Treasury Department, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional recomendaban a los países

en crisis – entre otros a México – y que después fue utilizado más y más para describir el paquete de “desregulaciones” recomendadas y forzadas por estas entidades. Según esta perspectiva, la globalización es la solución a los problemas de ineficiencia, decrecimiento o crecimiento estancado y, por ende, la solución a la pobreza.

La perspectiva opuesta, la de la (neo) izquierda, mantiene que es precisamente la globalización, la apertura de los mercados, la desregulación y la privatización que – no sólo en los países en vía de desarrollo – aumenta y endurece la pobreza, creando estructuras en las cuales los ricos se vuelven más ricos, los pobres más pobres.

Es esta la perspectiva que es compartida por muchos antropólogos. Sin embargo, ambas perspectivas tienen en común la visión que son los grandes poderes – el capital, la política manejada por el capital, etc. – quienes manejan los procesos a su parecer y que son las comunidades locales, los pobres, la gente común quienes disfrutan o son las víctimas de estas decisiones.

Rothstein rechaza ambas perspectivas. Ella argumenta que, a pesar de que la globalización es un hecho innegable que ha influenciado la vida de cada uno de nosotros; no constituye en sí un fenómeno totalmente nuevo. Desde hace tiempo se ha evidenciado el flujo de capital, de ideas y seres humanos, aunque no en la escala de hoy en día. Y el provecho que sustrae el capital internacional de cada status quo específico tampoco es nuevo; teniendo por ejemplo la anterior política de “sustitución de importaciones” repercusiones muy provechosas para dicho capital. Finalmente, el argumento más fuerte, que ordena y dirige la obra de Rothstein, es que la población local (en este caso los habitantes de San Cosme) no es meramente víctima de la globalización; así como no lo fue tampoco de otras estructuras económicas, sino que tiene la suficiente creatividad como para aprovechar u oponerse también, aunque sea en parte, al orden impuesto desde arriba.

La riqueza del trabajo de Rothstein es esta perspectiva, que ella mantiene a lo largo de su trabajo. Nos cuenta como San Cosme en los años 40 del siglo pasado era una comunidad netamente agricultora pero que en esta misma década algunos hombres consiguieron trabajo en las fábricas textiles de la ciudad de México. Ello fue posible por la apertura de nuevas fábricas que producían para el consumo interno, gracias a la política de sustitución de importaciones. (Hay que mencionar que la sustitución de importaciones generalmente estaba dirigida a la sustitución de importaciones de artículos de consumo. La maquinaria para la producción de estos artículos venía de Estados Unidos o de Europa, dejando jugosas ganancias para las fábricas de maquinaria.) En los años 80, el 50% de los hombres de San Cosme trabajaban como obreros en las fábricas de textiles.

Los nuevos obreros transformaron profundamente la economía y las pautas de la vida social y política de San Cosme. Fueron ellos quienes lograron que San Cosme fuese declarado municipio autónomo, consiguieron que el Estado invirtiera en agua potable y desagüe, carreteras, calles, luz y transporte público. Con la inversión

en camiones, tiendas y restaurantes le dieron una faz más urbana al pueblo. Mantenían sus terrenos, pero solían dejarlos en arriendo a parientes o vecinos. Por no trabajar ya los terrenos, las esposas de los trabajadores se dedicaban exclusivamente a las labores domésticas, perdiendo de esta manera la relativa igualdad económica que antaño tenían en la relación con sus maridos. Finalmente, sobre todo los hijos varones de los trabajadores recibieron una educación formal muy superior a la de sus padres, hecho que influyó fuertemente en que ellos ya no se percibían como campesinos.

A raíz de la crisis financiera que vivió el país en los años 80, México realizó una reorientación de su política económica, orientada en ideas neoliberales lideradas por Estados Unidos y Gran Bretaña. Este modelo fue “aconsejado” por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y los países en vías de desarrollo sufrían presiones de aceptarlo. Todo ello tuvo como consecuencia, entre otros, el cierre de muchas de las fábricas donde trabajaban hombres de San Cosme.

Los San Cosmeros enfrentaron la crisis regresando en parte al capital económico y social que les quedaba de antes: las tierras; para volver a una producción de subsistencia más intensiva y a las relaciones sociales, sobre todo de parentesco, para la ayuda mutua entre familias nucleares.

Pero la reorganización de la economía ofreció nuevas oportunidades. La entrada de empresas “maquiladoras” a la región hizo posible por primera vez el trabajo de las mujeres en las fábricas, aunque a sueldos muy bajos. El quiebre de las grandes fábricas textiles en todo México, resultado de la “globalización”, a su vez le permitió a los San Cosmeros una economía local, basada principalmente en la producción de prendas de vestir.

Esta nueva economía local inició a finales de la década de los ochenta, cuando una pareja de San Cosme inició la fabricación de uniformes escolares en su casa, como estrategia para evitar el desempleo por despido de la fábrica. Como tuvieron éxito, en poco tiempo había cientos de talleres instalados en las viviendas de sus dueños donde se producían prendas de vestir, ya sea para venderlas, o actuando como agentes subcontratados para la maquila de piezas específicas relacionados con las fábricas maquiladoras de la región. Estos talleres generaban puestos de trabajo que podían implicar a una sola pareja, a la familia entera, a la familia más algunas personas contratadas (generalmente entre la familia extensa) o, como es el caso de unos 20 talleres donde se contrataban entre 15 y 40 trabajadores procedentes de San Cosme y de comunidades vecinas.

Durante la década de los 90, la economía de San Cosme se vio dominada totalmente por la fabricación textil a nivel domiciliario. La producción masiva surtía efectos secundarios: vendedores de prendas de vestir, abastecedores de implementos para la producción, vendedores de máquinas, restaurantes, hoteles, transportistas, médicos, abogados etc. Como es de suponer, nuevamente la vida de San Cosme se vio transformada de manera profunda. La producción de prendas de vestir

exige el trabajo colectivo de la familia, dándoles a las mujeres nuevamente un papel más igualitario y la posibilidad de ser remuneradas en efectivo. La educación de los hijos sigue siendo una inversión prioritaria, pero esta vez es más pareja entre hijos e hijas. Finalmente, los nuevos estilos de consumo, desde ropa, comida, hasta televisión e Internet relacionan a los habitantes de San Cosme estrechamente con el mundo moderno.

La historia de éxito de San Cosme en la producción de prendas de vestir tuvo su auge en la década de los 90. Con la entrada cada vez más agresiva de artículos baratos procedente de Asia (China) en el nuevo milenio, las condiciones de esta producción se han vuelto cada vez más difíciles. Estas dificultades son enfrentadas con alta flexibilidad: “Garment production has varied more widely over a relatively short period of time. People who were not garment producers become garment producers. People who were garment producers give it up; some take up garment production, give it up and then take it up again. Independent producers become *maquila* producers, and *maquila* producers become independent producers; some try doing both at the same time. Some people who had their own workshops become workers for others. Some have supplemented or replaced garment production with fabric making. Others have begun to specialize in computer-aided embroidery on garments that others produce” (73). Aún así, la autora tiene dudas si la producción de prendas de vestir a la larga puede sobrevivir en San Cosme.

En el penúltimo capítulo Rothstein discute la identidad y la consciencia de los San Cosmeros a la luz de la teoría de consumo y la teoría de clases. Ella se opone a la idea según la cual son los consumidores los que determinan la producción y, por ende, son ellos quienes reclaman la globalización para poder conseguir artículos cada vez más baratos. Para la autora más bien el consumismo es el producto final de características estructurales que incluyen producción, clase, género, edad e historia. Para ello, hay que comparar, por ejemplo, la producción familiar campesina de los años 40 del siglo pasado, donde los padres de familia controlaban tanto la producción como el gasto/consumo, con la producción textil de hoy donde inclusive los jóvenes tienen un sueldo, aunque mínimo, derivado del trabajo en los talleres.

El concepto de “clase”, tan importante en los años 60 y 70 del siglo pasado, se ha diluido en la época de la globalización con su ideal y práctica del “trabajador flexible” que hoy trabaja en un lugar, mañana en otro; que hoy tiene un trabajo dependiente, mañana un pequeño taller y pasado mañana trabaja en ambas situaciones. La conclusión de Rothstein es que los habitantes de San Cosme son “proletarios disfrazados” (156), porque ni siquiera los talleres con cierto número de trabajadores persiguen una lógica capitalista sino una lógica de reproducción de la familia extensa.

Rothstein concluye que los habitantes de San Cosme fueron capaces de aprovechar los cambios inherentes a la globalización: tienen más educación, más autonomía para las mujeres y los jóvenes. Fueron capaces de re-

novar las relaciones sociales a través de celebraciones y rituales más frecuentes y elaboradas. Fueron capaces de ello porque continuaban la producción para la subsistencia y la cooperación entre parientes y porque no abandonaron el imaginario que estas prácticas nutren. Y en sus propias palabras: “Globalization has created opportunities for some and disappointments for many. Thus, it is very similar to development. But globalization has a potential not present in earlier forms of capitalist development. That potential is waiting to be acted upon” (160). Sobre el trabajo de Rothstein es difícil decir algo crítico. Ella logra trazar la dinámica del proceso de modernización de San Cosme con sus diferentes facetas, los factores locales, nacionales, internacionales, las corrientes de antropología y de economía del desarrollo, en pocas páginas de alta calidad. De esta manera, se le puede perdonar pequeños errores, cuando sostiene, por ejemplo, que en la literatura no se conocía la influencia que pueden tener migrantes de una localidad sobre ella (53). Acerca de este aspecto, a partir de los años 80 surgió una literatura rica y diferenciada dedicada a la migración y sus efectos sobre los lugares de origen y destino.

El trabajo de Rothstein también es de mucho valor porque la globalización como concepto y práctica está en crisis, y la autora aporta elementos interesantes para ponderar tanto el concepto como la práctica. A estas alturas es obvio que el neoliberalismo, con su énfasis en la desregulación a todo precio y la glorificación de los efectos de la globalización, ha fracasado porque no tiene respuesta a la persistencia de la pobreza y exclusión. Pero igualmente cada día es más obvio que los críticos más feroces de la globalización, los protagonistas de la apología del socialismo del siglo XXI, pisan sobre terreno pantanoso; la historia no muestra muchos ejemplos de economías burocráticas exitosas. La perspectiva de Rothstein puede ser un granito para una perspectiva más allá de los dos extremos.

Harald Mossbrucker

Schuerkens, Ulrike (ed.): *Globalization and the Transformations of Local Socioeconomic Practices*. New York: Routledge, 2008. 216 pp. ISBN 978-0-415-96090-8. (Routledge Advances in Sociology, 34) Price: £ 60.00

Die Herausgeberin des hier zu besprechenden Sammelbandes, Ulrike Schuerkens, hat ihr Amt als Präsidentin des Research Committee 09 “Social Transformations and Sociology of Development” in der International Sociological Association dazu zu nutzen gewusst, die Aktivitäten dieses Komitees neu zu bündeln, ihnen eine sehr produktive Form zu geben und nicht zuletzt die Erträge dieser Arbeit in einer Reihe von Publikationen zu dokumentieren. Neben dem hier zu besprechenden Band sind in diesem Kontext auch ein Themenheft von *Current Sociology* (2003, Vol. 51., Heft 3/4) mit dem Titel “Social Transformations between Global Forces and Local Life-Worlds” und ein weiteres Herausgeberwerk mit dem Titel “Global Forces and Local Life-Worlds” (Thousand Oaks 2004) entstanden.

Die Zahl der in engem Zusammenhang untereinander stehenden Veröffentlichungen sind ein Indiz für die Breite der Beschäftigung der Herausgeberin mit den Themen Globalisierung und Transformationsprozesse. Die große Bandbreite an Themen ist zugleich das erste und wichtigste Merkmal zur Charakterisierung des vorliegenden Buches. Die einzelnen Beiträge berichten über Fallstudien aus Europa (Deutschland, Russland), Asien (China, Thailand), Afrika (Togo, Benin), sowie aus Lateinamerika einschließlich der Karibik. Die wahrhaft weltumspannende räumliche Bandbreite wird ergänzt durch unterschiedliche Fokussierungen der untersuchten Personengruppen. Hier geht es nicht nur um Staaten insgesamt (z. B. Demokratisierung in Benin), sondern auch um kleine, hochprofessionelle Gruppen (z. B. Experten des Auditing in Russland, Chefmanager in Deutschland) und nicht zuletzt um Lebenswelten, die sich im Alltag entfalten. Wie in den anderen erwähnten Veröffentlichungen auch unterzieht sich Ulrike Schuerkens als Herausgeberin der Mühe, den Band einzuleiten und dabei übergreifende Themen und Fragestellungen herauszustellen.

Gerade wegen der großen Bandbreite ist das Unterfangen einer verbindenden Einleitung gleichermaßen dringlich, wie auch – angesichts der Diversität der gegenwärtigen Globalisierungsdiskurse – herausfordernd. Die Problematik ist am besten am Schicksal des Begriffes “Lebenswelt” zu erklären, der in den früheren Veröffentlichungen von Schuerkens als lokaler Widerpart der “globalen Kräfte” eine herausgehobene Rolle spielte. In der jetzt vorgelegten Einleitung taucht der Begriff wieder auf, allerdings an sehr viel weniger prominenter Stelle. Vielleicht, und mit dieser Vermutung verlasse ich die Ebene der Textzusammenfassung, wurde Schuerkens selbst klar, wie eingeschränkt die Tauglichkeit dieses Wortes ist, wenn es eben nicht mehr um ethnographische Berichte von Alltagswelten, sondern um die Interpretation von Statistiken und den darin erkennbaren Veränderungen der Gesellschaften geht.

Neben der extremen Bandbreite ist damit ein zweiter verbindender Aspekt der Beiträge herausgestellt. Der größere Teil der Texte befasst sich mit signifikant neuen ökonomischen Kontexten und strategischen Interessen, die hochspezialisierte Berufsgruppen dazu bringen, Veränderungen ihres Handelns oder der Gesellschaften insgesamt voranzutreiben, oder diesen Wandel wenigstens zu akzeptieren. Wenn überhaupt noch von Lebenswelten dieser Spezialisten gesprochen werden kann, dann handelt es sich keinesfalls um lokale Lebenswelten, sondern um komplexe, oftmals weltumspannende Beziehungsgeflechte, in denen räumliche Distanz nur noch eine untergeordnete Rolle spielt. Viel wichtiger scheinen Wettbewerbsverhältnisse zu sein, die Schuerkens dann auch – gegen Ende der Einleitung – explizit anspricht. Wettbewerb gibt es zwischen ökonomischen Akteuren innerhalb einer Gesellschaft, aber offensichtlich auch zwischen verschiedenen Gesellschaften, die sich – wiederum aus strategischen Gründen – darum bemühen, in bestimmten Eigenschaften alle anderen zu übertreffen. Schuerkens’ Interesse beschränkt sich aus-